

los tres panelistas, Hugo Achugar, Alvaro Barros-Lémez y Jorge Ruffinelli encaran desde distintos ángulos los problemas de los que se fueron, de los que se quedaron, de los que regresaron, de los que ya no pudieron reinsertarse en el Uruguay democrático. Achugar constata que “(los exilados) No somos los que fuimos, los otros no son los que dejamos y el Uruguay es otro”. (230) Pero Achugar subraya los aspectos positivos del exilio, y hace hincapié en la necesidad de que el país se abra al exterior: “El futuro de la cultura uruguaya pasa por la apertura luego de los años de la dictadura. Ayudar en esa apertura puede ser el parcial aporte de los desexiliados a la necesaria construcción colectiva de los puentes que sería deseable realizara la sociedad uruguaya”. (231)

Ruffinelli por su parte llama la atención sobre ese país “desterritorializado” que forman los emigrados desde mucho antes de ocurrido el golpe de estado de 1973, y plantea que “hay que esforzar la imaginación para encontrar los medios de integrarlos a la cultura uruguaya, a riesgo de perderlos inútilmente”. (263) Ruffinelli traza la continuidad del fenómeno migratorio entre los escritores e intelectuales uruguayos y latinoamericanos, y observa que las principales novelas del continente fueron escritas fuera de los países de origen de sus creadores. Concluye que en última instancia ha sido “el pensamiento crítico” el factor que las articula a todas ellas.

La introducción de Saúl Sosnowski resume apropiadamente el contexto de esta conferencia, así como sus puntos más destacables. Se trata en definitiva de un libro útil en el que la heterogeneidad misma de las exposiciones adiciona en vez de restar unidad al efecto de conjunto. Muchas de las experiencias relatadas en este libro, así como sus problemáticas generales, y algunas de sus conclusiones son extrapolables a otros países latinoamericanos. Pese a la artificiosidad de ciertos consensos, imputables a esa especial coyuntura inmediatamente posdictatorial, el libro recoge el legítimo orgullo y la alegría de unas gentes que al fin de una interminable noche,

empiezan a debatir sus problemas libremente.

*Isabel Quintana
Horacio Centanino*

Universidad de California. Berkeley

Eduardo Urdanivia. *José María Arguedas en La Molina*. Lima: Ediciones Universidad Nacional Agraria La Molina, 1992.

No es posible imaginar el Perú sin Mariátegui y sin Arguedas. Ambos, uno tras otro, teórica y creativamente, han construido la múltiple y conflictiva imagen del Perú de estos días. Mariátegui fue, por supuesto, quien abrió la brecha, el camino. Entre tantos aportes claves, su planteamiento frente al problema indígena y su tesis de la dualidad contradictoria entre la costa y la sierra, lo oficial y lo profundo, no sólo enjuiciaron los presupuestos ideológicos de la oligarquía criolla, sino que sentaron las bases para una mejor comprensión del proceso histórico y cultural en el Perú.

Convencido, como muchos otros intelectuales de su tiempo, de que la tesis mariateguista era legítima y, sobre todo, dueño de una vivencia indígena que le faltó al Amauta, Arguedas retomó poco después el mismo proyecto revelador. Al transitar por este camino en apertura, él asumía una doble responsabilidad: interpretar o traducir con cierta autenticidad el mundo andino y, al mismo tiempo, salvarlo del exterminio, de la destrucción violenta a la que estaba condenado. Arguedas respondió con firmeza a ese difícil compromiso: trabajando sin descanso, luchando contra todo desde muy joven hasta el preciso instante de su muerte. Así pudo salir victorioso, por lo menos, de una de las dos metas que se había trazado. Hizo que en el mundo andino el indio idealizado y el blanco estereotipado por los indigenistas recobraran un aspecto más humano. Además de inventar una lengua literaria ficticia, una especie de pura abstracción entre el español y el quechua, dos lenguas en desigual lucha y coexistencia en el Perú, ensayó diver-

sas formas literarias que, previamente adaptadas o modificadas a las exigencias del caso, pudieran traducir la experiencia andina. Arguedas, sin embargo, no se agota ni se reduce únicamente al ámbito de estos logros. Se proyecta mucho más lejos, más allá de lo previsible por ahora. Haciendo del ideal de salvar el Perú una utopía andina, apostó por el futuro, por un futuro pleno y libre, en donde, según su propuesta integradora, todos los hombres no cegados por el odio y la vanidad pudieran vivir juntos, en una sola patria, ahora y siempre.

El libro de Eduardo Urdanivia, *José María Arguedas en La Molina*, rescata justamente a este Arguedas, al último, al gran utópico andino que, después de una larga lucha contra la muerte, ofrendó su vida con la esperanza de encender “la única chispa” del fuego de la liberación en el Perú. Para hacer posible esta difícil tarea de rastrear las últimas huellas, reconstruirlas y, además, situarlas dentro del contexto de la vida y de la proyección de Arguedas, Urdanivia ha dividido su trabajo en dos partes: Introducción y Anexos.

La primera parte, sin embargo, es mucho más que una simple introducción. En tres apartados bien condensados, Urdanivia se esfuerza por revivir la voz de Arguedas, el llamado urgente a la construcción de “todas las patrias” en el Perú. También, en base a la revisión de otras fuentes, deja reafirmada para el caso de Arguedas la correspondencia entre vida y escritura iluminando así, “de modo parcial pero importante, el proceso de gestación y escritura de su novela póstuma” (p. 32). Pero, lo valioso de esta parte del libro está en la tesis que trae para entender el mal llamado suicidio de Arguedas, para “comprender su muerte [...], para] descifrar en su enigma personal y en su tragedia los gérmenes de vida que él sabía que se encuentran aún en la muerte más trágica” (p. 23). Según esta tesis, no la del suicidio ni la “autodestrucción” por supuesto, sino la de la “autoinmolación”, la muerte de Arguedas es un “rito final”, “una entrega desesperada de sí mismo que —más allá de la problemática personal, íntima, difícil de dilucidar— tiene que ver

no sólo con la búsqueda de soluciones a sus conflictos personales, sino también con la no menos ardua tarea de encontrar salidas colectivas a los problemas nacionales” (p. 26). Ahora bien, la tesis de autoinmolación que presenta Urdanivia y la de héroe cultural, formulada por Cornejo Polar en su trabajo “Arguedas, una espléndida historia” (1989), confluyen hacia la definición de una nueva figura de Arguedas, la que según Cornejo tiene “un rango legendario, en el que lo literario sea tal vez un dato más bien marginal, rango que insistentemente se asocia con la condición de héroe cultural” (p. 19).

Después del estudio y la reflexión en la primera parte vienen los Anexos. Ambos términos, introducción y anexo, nos toman un poco por sorpresa en cuanto al contenido del libro, ya que uno presenta un estudio corto pero serio y el otro, documentos de primera mano. En este sentido, como el mismo autor lo señala, la segunda parte es “la historia de Arguedas en la universidad [La Molina]”. Aquí, cumpliendo con el deber de un colega póstumo, de un intelectual también preocupado por la historia del Perú, Urdanivia ha recogido con gran pasión y rigor manuscritos, proyectos, informes, partidas, diplomas y diferentes tipos de solicitudes, certificados, licencias y resoluciones que felizmente guardaba el archivo de la administración universitaria.

José María Arguedas en La Molina viene a mitigar, en gran parte, esa preocupación que la crítica ha mostrado por rescatar y difundir la documentación correspondiente a los años más trágicos de la contradictoria vida de Arguedas. Pero, por otro lado, este libro tiene mucho de la utopía arguediana. De la misma forma en que el propio Arguedas lo hubiera querido, la obra final no sólo se realiza o materializa como una tarea solidaria —donde se estrechan esfuerzos tanto individuales como colectivos, la investigación del docente por un lado y el auspicio de la universidad por otro— sino que en sus páginas también hay esperanza y fe por un futuro mejor.

Julio E. Noriega
Indiana University